DISCURSO DE ORDEN DEL SECRETARIO GENERAL DE PLANIFICACION EN EL ACTO CONMEMORATIVO DEL XXXII ANIVERSARIO DE LA ESCUELA SUPERIOR POLITECNICA DEL LITORAL (ESPOL)

Debo empezar por agradecer al señor Rector de la ESPOL por el honroso encargo de ofrecer el discurso de orden en esta sesión solemne en que la comunidad politécnica celebra un aniversario más de la creación de nuestra querida institución. En la intervención que sigue, conforme a lo solicitado, trataré de expresar algunas reflexiones sobre la estrecha vinculación del desarrollo económico y social de nuestro país y la formación educacional y profesional de los ecuatorianos.

Señor Rector y distinguidos asistentes a este solemne acto:

Vivimos una época en que el mundo va perdiendo las viejas certezas sobre su futuro. La humanidad asiste a una transformación que abarca múltiples dimensiones de la realidad, ya sea económica, social, política o cultural, y su impacto afecta a todos los pueblos de la Tierra.

La conformación de grandes bloques económicos entre países desarrollados; los cambios suscitados en la Europa Oriental; la reunificación de estados; los avances en la integración económica y política de los países europeos; el despunte económico y tecnológico del Japón y de otros países del Asia; el deterioro de la economía norteamericana, tradicionalmente hegemónica a nivel mundial; la creciente internacionalización de la oferta de bienes y servicios y globalización de mercados, son algunos ejemplos del acelerado proceso de cambio que caracteriza el mundo de nuestros días.

De otra parte, el desarrollo de nuevas tecnologías que cada vez demandan una cantidad menor de nuestras materias primas, los avances en el campo de la microelectrónica y telecomunicaciones, la automatización de los procesos productivos, los descubrimientos de la ingeniería genética y biotecnología, los logros de la computación y la informática y el desarrollo del sector terciario de las economías, están creando una nueva división internacional del trabajo.

Mientras lo anterior ocurre, la región latinoamericana se encuentra inmersa en una grave crisis económica-financiera, tema que ha sido ampliamente debatido, pero sobre el cual las soluciones para superarlo continuan siendo materia de discusión. La crisis, ha demostrado que los países latinoamericanos no han logrado construir estructuras económicas que permitan un desarrolllo sostenido. Es también el reconocimiento del fracaso de los modelos históricos de inserción al sistema económico mundial: el modelo agrario-exportador y el de la industrialización sustitutiva.

Se ha perdido una década de crecimiento, y en algunos casos más. Pero, quizás como uno de los pocos resultados positivos, ahora se acepta que la tarea de América Latina en los años noventa debe estar centrada en la recuperación y el desarrollo de las economías y en la superación de los problemas sociales más críticos. Es decir, se propugna la tesis del crecimiento con equidad.

La destrucción del muro de Berlín, en el presente año, más allá de su significado particular para el pueblo alemán, es el derrumbe de un símbolo que expresó el esquema de relaciones internacionales a partir de la segunda postguerra. Este esquema estuvo basado en el enfrentamiento entre dos grandes bloques: el de la "libre empresa" y el de las economías socialistas centralmente planificadas.

La lucha geopolítica entre estos dos bloques, supuso la contraposición entre dos formas de organización social, política y económica, dos cosmovisiones, al parecer, irreductibles. Hoy, tal supuesto, va perdiendo sentido, observándose que el mundo desarrollado tiende a su homogenización. Estos países, al parecer, buscan estructurar sociedades altamente desarrolladas donde el factor científico y tecnológico se convierte en un elemento sustancial para la sobrevivencia de sus comunidades.

El orden económico internacional, en la época de la guerra fría, implicó la inversión de ingentes recursos financieros y humanos en materia de defensa. Las grandes potencias apoyaron el despliegue de impresionantes aparatos militares, en su afán de contrarrestar el poderío militar de sus supuestos enemigos, fenómeno que también se produjo en todos los países aunque a escalas más reducidas.

Cual va a ser el nuevo esquema de relaciones internacinales, luego de la guerra fría? El enfrentamiento Este-Oeste se transformará en políticas de cooperación entre Norte y Sur? O se asistirá a formas de guerra soterrada entre países pobres y ricos? Cuál es el papel que van a cumplir los países en vías de desarrollo en el nuevo marco de las relaciones económicas internacionales? Estas y otras preguntas fundamentales, por el momento, no tienen respuestas claras. Tan solo podríamos realizar algunas hipótesis o apuestas tentativas.

En lo que sí podemos tener certeza es en que las sociedades y sus economías cada vez más van a estar determinadas por la variable científica y tecnológica. En el mundo contemporáneo ya no se puede prescindir de la ciencia y la tecnología. Este hecho ya no podemos soslayar ni ocultar. Esta perspectiva debe ser orientadora para todos los esfuerzos que el país haga en el futuro, particularmente para la Universidad ésta debe ser una guía para su desarrollo.

Asímismo, no cabe duda, que la correcta acepción de la palabra desarrollo se refiere a la expansión de las capacidades productivas de la población y no simplemente al aumento de la oferta de bienes y servicios. Siendo así, los recursos utilizados en el mejoramiento del nivel de vida (en educación, en salud, y en otras esferas semejantes) deben considerarse como inversión productiva en capital humano y no como un gasto improductivo. Muchos ejemplos demuestran que los países que alentaron en gran escala el desarrollo del capital humano - como Japón y la República de Corea - lograron excelentes resultados.

En definitiva, ahora no se concibe el desarrollo de los recursos humanos como la parte social - menor y subordinada- de una estrategia económica que se rige por otros criterios. Por el contrario, se constituye en el elemento articulador de una estrategia económico-social integrada, un marco general que sirve de orientación a las estrategias de desarrollo nacionales y de la cooperación regional e internacional.

Recientemente el presidente Bush ha formulado una propuesta conocida como iniciativa para las Américas. Esta propuesta reconoce como elementos necesarios del desarrollo económico regional la inversión, el comercio, la deuda externa e implícitamente la integración. Es decir, se plantea que el nuevo estilo de desarrollo, particularmente en el caso de las pequeñas economías, debe sustentarse simultáneamente en varios ejes, a diferencia de lo ocurrido desde inicios de la vida republicana en que el desarrollo se basó únicamente en las exportaciones y desde mediados de la década de los 70, adicionalmente, en la deuda externa.

Con este nuevo elemento en el entorno internacional, cabe una primera reflexión sobre las posibilidades de reacción que en el corto plazo y aún en el mediano plazo tiene el Ecuador frente al planteamiento del presidente Bush, que en lo substancial, persigue la conformación de un gran bloque en el continente americano en donde el intercambio comercial no tendría barreras de ningún tipo.

La viabilidad de lo planteado en buena medida está en función de la reformulación del papel del Estado, de la parte que tiene relación con la reestructura del aparato productivo, porque el punto focal de la propuesta, son los sectores productivos, que deben generar producción para consumo interno y bienes para lograr una mayor presencia en el mercado externo con nuevos productos de exportación.

Lo anterior quiere decir que es necesario robustecer las pautas para el desarrollo agrícola, agroindustrial e industrial de nuestra economía, teniendo en consideración fundamentalmente un reordenamiento de la base jurídica, de las políticas de incentivos; introduciendo cambios sustanciales en las políticas instrumentales, especialmente en la política monetaria y financiera, en favor de la parte real de la actividad económica.

Si lo expresado tiene sentido, conviene entonces reflexionar profundamente sobre las perspectivas de desarrollo que pueden ser explotadas en el Ecuador. Una primera aproximación nos dice que debemos en general propender a la producción en aquellos sectores en los que el país tiene y puede mantener ventajas comparativas importantes. Me refiero a la pesca, a la acuicultura, a la agroindustria, a la minería, a la explotación forestal, al turismo y sobretodo a las exportaciones de productos no-tradicionales preferentemente con algún agregado de transformación industrial.

En el sector manufacturero se deberá aprovechar la capacidad instalada ociosa y elevar los niveles de productividad de las empresas, en base a sustantivos cambios tecnológicos intermedios.

En cualquier caso no podemos ignorar el papel del Estado y del sector público en la dinámica de las actividades productivas. Por ello, es necesario encarar con seriedad la reformulación del papel del Estado y la gobernabilidad del mismo.

Es necesario contar con un sector público, probablemente más pequeño, pero definitivamente más eficiente. En este contexto la reorientación de las inversiones del sector público, es una exigencia impostergable.

También se impone el descubrir nuevos canales de financiamiento, de ahí que tenga especial importancia el atraer el ahorro exterior, especialmente la inversión directa extranjera, para financiar el desarrollo de iniciativas de la economía en general.

La crisis que vive el país, tiene como telón de fondo los procesos de cambio a nivel mundial que hemos esbozado. Pensar el desarrollo en los momentos actuales y el papel que le compete a la universidad ecuatoriana en él, implica develar, en todas sus dimensiones, los desafíos a que nos vemos enfrentados, pues, no se trata solamente de superar el pago de desarrollo. Las tecnologías organizacionales ameritan una seria reflexión y renovación. Ninguna tecnología, sea de proceso o de producto, tendrá eficacia si no se adecuan los entornos organizacionales.

Con énfasis similar, los aspectos relacionados con el ecodesarrollo, con la gestión, programación y ejecución de este tipo de Programas deben contar con un conomiento especializado que sólo a través de las investigaciones se pueden lograr. De esta forma el país podrá encontrar soluciones viables a problemas de conservación de nuestros recursos naturales y armonizar la vida del hombre con su entorno natural.

Los problemas que se derivan de la pobreza y el desarrollo social ameritan ser investigados con mayor grado de profundidad. Romper con viejos esquemas interpretativos y dar cuenta de las causas, encontrar soluciones prácticas son tareas que la Universidad puede realizar, sobre todo, partiendo de las propias potencialidades e iniciativas de las comunidades sujetas a condiciones de precaridad humana y social.

Pero, la actividad académica basada en la investigación debe estar íntimamente vinculada con las labores de docencia. La formación de profesionales y técnicos debe ser revalorada en sus aspectos sustantivos sea con la actualización de los conocimientos como con tecnologías de enseñanza apropiadas.

Los currículos de las diferentes especialidades y áreas del conocimiento deben ser diseñados en función de las necesidades de los mercados laborales y en los requerimientos, actuales y potenciales, de recursos humanos de los diferentes sectores económicos; se debe establecer rigurosos mecanismos de planeación macro curricular y microcurricular; los programas de estudios deben prever la formación de investigadores; generar procesos de administración y control adecuados al desarrollo de la vida académica; lograr un amplio ambiente de debate y discusión e impulsar la rigurosidad científica y académica como norma para la vida universitaria.

Este proceso de incorporación masiva de población estudiantil se dió bajo dos supuestos básicos: el primero, que los esquemas tradicionales de organización académica seguían siendo válidos para responder a la explosiva demanda de profesionales que se generó a partir de la época petrolera. El segundo, que la Universidad debía tan solo responder a las expectativas de crecimiento de aquellos años a través de ampliar su capacidad de formación profesional sin que medie el impulso a la investigación.

En los años 80, los desajustes de todo tipo afloraron en los centros de estudios superiores, amenazando su institucionalidad: el desfinanciamiento crónico, la pérdida acelerada de la calidad académica, la falta de estrategias adecuadas para lograr un equilibrio razonable entre oferta y demanda de profesionales, la falta de planeamiento que racionalice el uso de los recursos escasos y gobiernos universitarios dedicados a luchas políticas intrascendentes y a solventar los problemas de financiamiento y administrativos antes que los académicos.

La crisis universitaria tomó cuerpo, dejando visible una triste realidad: el enclaustramiento de la Universidad, su aislamiento relativo a los cambios verificados en la sociedad, la Universidad había vivido revertida en si mismo.

La Universidad, en este marco, y la solución de sus problemas corren paralelos a la solución de los problemas nacionales. Como se suele decir, la Universidad es un microcosmos que reproduce las contradicciones de la sociedad global. Si bien esto es cierto, es necesario que la comunidad universitaria encuentre un rumbo cierto, el cual no es ajeno a revisar el rumbo del país, lo cual supone insertarse en las tareas del desarrollo que ya no sólo deben ser de preocupación de los gobiernos, sino del conjunto de agentes y actores, que como la Universidad pueden contribuir decisivamente.

El Plan Nacional de Desarrollo, en el capítulo correspondiente a la educación superior, da prioridad al mejoramiento académico. Este criterio simple en su generalidad, involucra una tarea de inmensa proporción que, en gran parte, le compete a la propia comunidad universitaria. La solución de la crisis debe partir del propio seno universitario, sobre la base de una crítica sensata, racional y consecuente con los intereses nacionales.

El impulso a los procesos de investigación, debe regir un nuevo ordenamiento académico. Si bien, se ha comenzado a dar los primeros pasos en este sentido, es importante avanzar en la creación de ambientes institucionales y organizacionales acordes con este tipo de actividades y trabajar en la definición de políticas universitarias de investigación en consonancia con los requerimientos de desarrollo a nivel nacional, regional y local.

Si bien, el desarrollo científico y tecnológico del país no puede ser igual al vivido por los países desarrollados en los que la activa participación empresarial y privada fue decisiva en este campo, es imperioso definir estrategias propias que enfrenten la falta de incentivos para la generación de procesos de investigación de real alcance en campos ligados a los procesos productivos, a la explotación de los recursos naturales y energéticos, a la modernización del aparato industrial.

Estas estrategias deben ser impulsadas, claro está, a través de procesos interactivos entre el Estado, las empresas, organizaciones de promoción del desarrollo y las universidades. Sobre esta base, se podrá definir y mejorar los programas de investigación tanto de utilidad inmediata y operacional como en el campo de las ciencias básicas.

Obviamente, son muchos los problemas y temas que ameritan ser observados en función del desarrollo. A parte de la amplia gama de temas que pueden ser objeto de investigación, que están ligados a la producción y los servicios, es importante señalar que también la Universidad debe dar respuestas a los problemas relacionados con la organización. Este aspecto es crucial en el momento actual, tanto a nivel del sector público como en el privado, ya que tiene que ver con las capacidades del país, con la eficiencia y eficacia de los organismos, con la posibilidad concreta para llevar a cabo las tareas del la deuda externa, de ampliar las políticas compensatorias a los sectores sociales más afectados por la crisis, impulsar la reactivación económica, sino que a todo esto dotarle de un sentido proyectivo que permita el desarrollo sostenido de nuestra sociedad en las décadas futuras.

Que la Universidad debe cumplir un papel de innegable importancia, nadie lo cuestiona. Sus tareas fundamentales de formar y conocer, deben tomar formas y contenidos específicos acorde con la crisis y los cambios del entorno internacional. Ya no se trata solamente de que la Universidad forme técnicos y profesionales para una supuesta modernización de la sociedad y la economía.

El papel de la Universidad, ahora, es encontrar nuestras propias soluciones, descubrir nuestras potencialidades y capacidades para sustentar, sobre la base de un conocimiento cierto, procesos de desarrollo en diversos campos donde los sectores productivos, las propias comunidades y el Estado puedan, en conjunto ir construyendo mejores días para, el país.

En esta perspectiva, la Universidad debe constituirse no sólo en la formadora de recursos humanos, sino que, además, en gestora de iniciativas, y de soluciones globales y particulares, de mediano y corto plazo, pragmáticas y posibles, para la multiplicidad de problemas que tiene el país.

Son conocidos los innumerables problemas por los que atraviesa la universidad ecuatoriana. El proceso seguido por los centros de estudio de nivel superior en las dos últimas décadas se ha caracterizado por una rápida expansión de la matrícula que alcanzó un crecimiento medio anual de 17.2% superior al estimado para América Latina en el mismo período (12.5%).

Si bien es cierto que para los años 80, el ritmo decrece sustancialmente (4.9%), el efecto directo fue la masificación de las aulas universitarias y la multiplicacón de los centros de estudios - seis centros en 1968 a 23 en 1990.

El elevamiento de la calidad y el rigor académico son, posiblemente, los mejores mecanismos para dar coherencia a los procesos formativos. Además, permiten crear condiciones para lograr dar solución a los problemas derivados de la masificación y normar una disciplina que genere una cultura institucional universitaria acorde con los desafíos de nuestro tiempo.

Se ha dicho que el desarrollo humano es precondición necesaria y objetivo último del desarrollo. Esto implica la utilización plena de los recursos humanos y de sus capacidades, con vistas a aumentar la productividad y los ingresos, sobre todo de los más necesitados.

La educación es parte fundamental del desarrollo humano y la ESPOL, en la medida de sus posibilidades, cumple responsablemente con la formación de recursos humanos que se requieren para el desarrollo económico y social de nuestro país. Y creo que ésta debe ser la mayor satisfacción que tenemos los empleados, estudiantes y profesores que a lo largo de 32 años hemos contribuido con nuestro trabajo y la dedicación al estudio para situarla a la vanguardia de las instituciones de educación superior del país.